

La Liga de Naciones



WOODROW WILSON
PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Publicado por el Comité de Información Pública
ZURBANO, 32.—MADRID

LA LIGA DE NACIONES

Discurso pronunciado por el
PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS
el 27 de Septiembre de 1918,
en el Teatro de la Opera de
Nueva York, con motivo del
cuarto empréstito nacional.

V. RICO. — MADRID
PASEO DEL PRADO, NÚM. 30

1918

CONCIUDADANOS:

No vengo aquí para estimularos a contribuir en el empréstito. Eso lo harán, con acierto y entusiasmo, los cientos de miles de leales e infatigables ciudadanos, hombres y mujeres, que han tomado a su cargo la misión de proponérselo a vosotros y a todos los demás ciudadanos del país; y no abrigo la menor duda acerca de su triunfo, pues bien conozco su civismo y el espíritu de nuestra Patria. Mayor firmeza aún da a mi confianza la resuelta y atinada cooperación de los banqueros de esta ciudad y de todas las ciudades norteamericanas, quienes nos están prestando su valiosísima asistencia. He venido más bien en busca de una oportunidad para exponeros algunas ideas y contribuir con ello a facilitaros, en mayor medida acaso que antes, la clara comprensión de las transcendentales cuestiones que abarca este empréstito, a fin de que podáis apreciar la importancia de vuestro deber de soportar al Gobierno por todos los medios posibles, y de soportarlo de hecho hasta los mayores extremos de abnegación y sacrificio. Ninguna persona que se haya dado clara cuenta del significado de esta guerra, puede vacilar en contribuir a su victoria desprendiéndose de cuanto tenga; y mi misión aquí esta noche es mostrar claramente una vez más lo que la guerra verdaderamente significa. Confío en que no necesitaréis de otro estímulo para el cumplimiento de vuestro deber.

En cada etapa de la guerra logramos una más clara conciencia de lo que nos proponemos obtener mediante ella. Cuando nuestras esperanzas y anhelos se hallan presa de mayor excitación, percibimos con mayor claridad que antes los resultados, y el objeto que debe perseguirse. Pues la guerra tiene bien definidos objetivos, que ni los llegamos a fijar nosotros ni podemos alterarlos. Ningún estadista o asamblea los creó; ningún estadista o asamblea puede alterarlos. Han brotado de la propia naturaleza y circunstancias de la guerra. Lo único que los estadistas o las asambleas pueden hacer es llevarlos a efecto; otra cosa sería falsearlos. Tal vez no parecieran claros dichos objetivos al principio, pero ahora lo son. La guerra ha durado más de cuatro años, y el mundo entero se ha visto arrastrado por ella. La voluntad y el interés de la humanidad entera ha venido a sustituir a los particulares propósitos de naciones aisladas. Los estadistas habrán entablado el conflicto, pero ni ellos ni sus adversarios pueden suspenderlo cuando les plazca. La guerra se ha convertido en guerra de gentes, de pueblos; y pueblos de todo género y razas, de todos los grados de poder e importancia, están envueltos en este proceso de transformación. Entramos nosotros en ella cuando su carácter se había definido marcadamente y era manifiesto que ninguna nación podía mantenerse alejada de ella o indiferente ante el resultado final. El reto que entrañaba para nosotros hirió el corazón de cuanto tenía a nuestros ojos un valor moral. La voz de la guerra, clara y distinta, ha hallado eco en nuestro corazón. Hermanos de otras tierras, así como aquellos compatriotas nuestros asesinados, que yacen en el fondo del mar, nos llamaban, y nosotros respondimos fiera y resueltamente.

En torno nuestro el ambiente estaba claro. Vimos las cosas serenamente y en sus verdaderas proporcio-

nes, tal como eran; y desde entonces las hemos seguido contemplando con fija mirada e invariable comprensión. Aceptamos las transcendentales cuestiones que entraña la gran guerra, no como acá o allá las presentarán y definirán un determinado grupo de hombres, sino como hechos de patente evidencia, y nosotros no podemos aceptar ningún desenlace, ningún compromiso, que no dé plena y satisfactoria solución a las siguientes cuestiones:

1.^a ¿Se sufrirá que el poder militar de cualquier nación o grupo de naciones determine el destino de pueblos sobre los cuales no tiene otro derecho para imponer que el derecho de la fuerza?

2.^a ¿Puede dejarse en libertad a las naciones fuertes para imponerse a las naciones débiles y someterlas a su voluntad e intereses?

3.^a ¿Deben los pueblos ser gobernados y dominados, aun en sus asuntos interiores, por un poder arbitrario e irresponsable, o por su propia elección y voluntad?

4.^a ¿Ha de obedecer el derecho a un patrón común para todos los pueblos y naciones, o se dejará a los fuertes obrar como deseen, y sufrir sin remedio a los débiles?

5.^a ¿Será el mantenimiento del derecho obra de la casualidad y de alianzas circunstanciales, o debe haber un concierto común que imponga el respeto a los derechos también comunes?

Ningún individuo o grupo de individuos ha escogido éstos como puntos esenciales de la lucha, sino que lo son por sí mismos y en realidad; y han de resolverse, no como arreglo transitorio o compromiso entre determinados intereses, sino definitivamente, de una vez y para siempre, y con la plena e inequívoca aceptación de que los intereses del más débil son tan sagrados como los del más fuerte.

Esto es lo que queremos decir al hablar de una paz permanente, si hemos de hablar razonable y sinceramente y con pleno conocimiento de la cuestión.

Todos estamos conformes en que no es posible obtener la paz mediante ninguna clase de acuerdo con los Gobiernos de los Imperios centrales, porque ya hemos tratado con ellos y les hemos visto tratar también con otros Gobiernos en Brest-Litowsk y Bucarest. Nos han convencido de que no tienen honor ni se proponen observar la justicia. Ni respetan los convenios ni aceptan otro principio que la fuerza bruta y sus propios intereses. No podemos llegar a un acuerdo con ellos; lo han hecho imposible. El pueblo alemán debe saber a estas horas que no podemos dar crédito a la palabra de quienes nos forzaron a entrar en esta guerra. Ni tenemos los mismos pensamientos, ni concierta nuestro lenguaje.

Es de capital importancia que manifiestamente nos concertemos en que no ha de obtenerse la paz por ningún género de componenda, con abandono de los principios en cuya defensa hemos declarado que combatimos. No debiera existir la menor duda acerca de ello. Voy a tomarme, por tanto, la libertad de hablar con la más absoluta franqueza sobre lo que todo esto supone.

Si el objeto común de los Gobiernos coaligados contra Alemania, y de las naciones que aquéllos rigen, es verdaderamente, y así lo creo, lograr con las soluciones de esta guerra una paz duradera y segura, será necesario que todos los que se sienten en torno a la mesa de la Conferencia de la paz vayan preparados y dispuestos a pagar el precio, el único precio con que ha de lograrse; y resueltos también a crear de modo viril el único instrumento que puede garantizar que los acuerdos de la paz serán respetados y cumplidos por todos.

Ese precio es una imparcial justicia en todas y cada

una de las soluciones, cualquiera que sea el perjudicado; y no sólo imparcial justicia, sino también el beneplácito de los diversos pueblos de cuyo porvenir se trate.

El instrumento indispensable para ello es la Liga de Naciones, formada en términos eficaces. Sin semejante instrumento, capaz de garantizar la paz del mundo, ésta descansará en parte sobre las palabras de unos foragidos, y sobre sus palabras únicamente. Pues Alemania tendrá que redimirse, purificarse, no con lo que suceda junto a la mesa de la paz, sino con lo que siga.

Y tal como yo lo veo, la constitución de una Liga de Naciones y la clara definición de sus objetivos debe ser una parte, en cierto sentido la más esencial, de la solución de esta guerra. No puede formarse ahora. De formarse ahora, revestiría meramente los caracteres de una nueva alianza limitada a las naciones coaligadas contra un enemigo común. No es probable que llegare a constituirse después de firmarse la paz. Es indispensable asegurar la paz, y ésta no puede asegurarse con la ligereza de cosa trivial. Hablando claramente, la razón por la cual ha de garantizarse es que habrá en las Conferencias de la paz partes contratantes cuyas promesas han resultado indignas de confianza; y en estrecha relación con la solución de la guerra debe hallarse algún medio de eliminar esa causa de inseguridad. Sería locura dejar la garantía a merced de la posterior y voluntaria acción de los Gobiernos que hemos visto destruir a Rusia y engañar a Rumanía.

Mas estos términos generales no muestran claramente toda la cuestión. Se necesitan algunos detalles para que aparezca, más que como tesis, programa práctico. He aquí algunos de los puntos particulares, los cuales declaro con una mayor confianza, por repre-

sentar la autorizada interpretación de lo que este Gobierno considera como su propio deber en relación con la paz: *Primero*; la imparcial justicia no debe establecer distinción entre aquellos con quienes deseamos ser justos y aquellos otros con quienes no queremos ser justos. Ha de ser una justicia que no tenga favoritos y no tenga otro patrón que el de los iguales derechos de todos los pueblos. *Segundo*; ningún interés particular o independiente de cualquier nación o grupo de naciones puede ser base de ninguna parte del acuerdo, si no está de conformidad con el común interés de todos. *Tercero*; no pueden existir ligas, alianzas ni convenios especiales entre los diversos miembros que formen la Liga de las Naciones. *Cuarto*; más concretamente aún, no puede existir ningún concierto económico especial y egoísta dentro de la Liga, ni empleo de cualquier forma de *boicotage* económico, excepto cuando se acuerde así por la Liga como medida disciplinaria. *Quinto*; todos los tratados internacionales y convenios de todo género han de darse a conocer íntegramente a todo el mundo.

Las alianzas particulares y las rivalidades y hostilidades económicas han sido el prolífico origen en el mundo moderno de las pasiones y los planes que producen las guerras. Sería una paz insegura y nada sincera la que no las excluyese clara y terminantemente.

La confianza con que me aventuro a hablar en nombre de nuestro pueblo sobre estas cuestiones, no proviene solamente de nuestras tradiciones y de los bien conocidos principios internacionales que siempre hemos profesado y seguido. Al decir que los Estados Unidos no entrarán en acuerdos o combinación con ninguna nación particular, quiero también decir que los Estados Unidos están preparados además para asumir toda su responsabilidad en el mantenimiento estricto de los acuerdos y convenios comunes, sobre los cuales ha de

descansar de aquí en adelante la paz. Recordamos aún los consejos sagaces, prudentísimos, de Washington contra las alianzas «embrolladas», con plena conciencia de su valer y resuelto propósito; mas sólo las particulares alianzas, pues reconocemos y aceptamos el deber que se impone a la hora presente, en que podemos confiar en una alianza general que ponga coto a las peligrosas alianzas particulares y aclare y purifique la atmósfera del mundo en un común acuerdo y mantenimiento de los derechos comunes.

He hecho este análisis de la situación internacional que la guerra ha creado, no porque dude, claro está, que los estadistas y pueblos con quienes estamos coaligados no compartan el mismo pensamiento e igual propósito, sino porque la atmósfera se oscurece de vez en cuando con nieblas, injustificadas dudas y maliciosas sugerencias. Siendo necesario que quienes tienen autoridad para ello la purifiquen, la limpien resueltamente, y si es necesario ásperamente, de todas esas habillitas sobre intrigas de paz, debilitamiento moral y dudosos propósitos; hablando en los más claros términos posibles, aunque sólo sea para repetir una vez más lo que ya se tiene dicho con no menos claridad, aunque menos crudamente.

Como he declarado antes, ni yo, ni ninguno otro revestido de autoridad gubernamental, dió origen ni carácter a las cuestiones que esta guerra entraña. Y tal como yo las veo, preséntoles mi solución. Las presento con gozo y con una resolución que se ha ido haciendo más firme y confiada a medida que las cuestiones se aclaraban y precisaban. Resulta ahora manifiesto que no es posible honradamente solucionarlas a medias. Decidido estoy a luchar y resolverlas en justicia; a luchar por la finalidad que perseguimos, tal como el tiempo y las circunstancias me la han revelado a mí y al mundo entero. Nuestro entusiasmo se acrecienta

cada vez más irresistible a medida que se destaca más definida y acentuada aquella finalidad, y las fuerzas que combaten por ella se unen más estrechamente, organizan sus millones de hombres en un poder más invencible cuanto más claramente perciben los objetivos y fines de la guerra.

Característico de esta gran guerra es que mientras los estadistas parecen andar inciertos en busca de orientación, y a veces semejan haber cambiado de terreno y punto de vista, la visión del pueblo, al cual está llamado a ilustrar y guiar el gobernante, se ha ido esclareciendo cada vez más, con mayor certeza cada día de por qué y para qué se combate. Las aspiraciones nacionales han ido relegándose a segundo término, pasando a ocupar su puesto los ideales de la Humanidad consciente. Las aspiraciones de los hombres del pueblo han venido haciéndose cada vez más simples y rectas y más uniformes que los propósitos de los profesionales que aún siguen en la convicción de que la preponderancia y el egoísmo es lo que importa. Por ello he dicho que ésta es guerra de pueblos, de gentes, y no de estadistas. Los gobernantes deben seguir el claro pensamiento y tendencias del pueblo, o ser arrojados.

Esa es para mi la interpretación del hecho de que asambleas y asociaciones de muchos géneros, compuestas de gente del pueblo, hayan solicitado, casi cada vez que se reunían, y todavía solicitan, que los jefes de sus Gobiernos les digan con toda claridad qué es, exactamente, lo que se proponen en esta guerra, y cuáles piensan que deban ser los puntos concretos de su final solución. No están todavía satisfechos con lo que se les ha respondido. Parecen temer aún que la respuesta se limite a fórmulas de estadista, a las fórmulas sólo de arreglos territoriales y discusiones sobre el poder, y no se les responda en los términos de una amplia visión de

justicia, clemencia y paz, y teniendo en cuenta la satisfacción de gentes por largo tiempo oprimidas y desventuradas y de razas esclavizadas, que les parece al pueblo las únicas causas dignas de mantener una guerra a la que se ha visto arrastrado el mundo entero. Tal vez los estadistas no hayan percibido en todo instante este diferente aspecto de la entera política y acción del mundo. Quizás no hayan dado en todo momento una directa respuesta, por ignorar lo hondas que estas preguntas eran y la clase de respuesta que requerían.

En cuanto a mí, me place tratar de responder una y otra vez, en la esperanza de hacer claro y patente que mi deseo es dar satisfacción a los que luchan con las armas en la mano y tienen derecho, tal vez sobre todos los demás, a una respuesta cuya significación nadie tenga excusa para interpretar erróneamente, si entiende el idioma en que está dicha o puede lograr alguna persona que se la traduzca correctamente en su propio idioma. Y me inclino a creer que los jefes de los Gobiernos con los cuales estamos asociados hablarán, cuando la ocasión se les presente, tan claramente como yo he tratado de hablar. Confío en que se sientan con libertad para declarar si en algo me consideran equivocado al interpretar estas cuestiones o en mis consideraciones respecto a los medios de obtener una satisfactoria solución de ellas. La unidad de miras es tan imperativa en esta guerra como la unidad de mando en los campos de batalla; y la perfecta unidad de miras irá acompañada de una certeza absoluta en la completa victoria. Imposible obtenerla de otro modo. Las campañas pacifistas pueden ser únicamente neutralizadas de manera efectiva, y condenadas al silencio, mostrando que cada victoria de los países coaligados contra Alemania adelanta la hora de la paz; de esa paz que traerá la seguridad y tranquilidad a todas las gentes y

hará imposible que se repita en la Historia semejante lucha despiadada y sangrienta, que nada podrá provocar de nuevo. Alemania está lanzando constantemente sus términos de paz, los que ella aceptará; y siempre se encuentra con que el mundo no desea términos de paz solamente, sino algo más: el triunfo de la justicia y la buena fe.
